

no sería sino por el lomo ó altor ó embara-
zo que hace la tierra por ser redonda.
Y así parece que el Almirante no ar-
guía bien, por aquellas razones, que la tier-
ra no fuese redonda, pero no es de maravi-
llar, como viése tantas novedades, como di-
ce, y tan admirables; y, por ventura, se mo-
via también por razón de que no total y
propia y perfectamente la tierra es esféri-
ca, de tal manera como lo es la propia y
perfecta figura esférica; de cuyo punto me-
dio, todas las líneas rectas que proceden y
van á la superficie son iguales, como una
bola que sea perfectamente redonda, pero
la figura redonda es, que va ó se quiere
asemejar á lo esférico, puesto que no sea
esférico perfectamente como lo sea una man-
zana, aunque se puede decir redonda, pero
no se dirá propiamente esférica; y esta es
la diferencia entre lo esférico y lo redon-
do, y así, la tierra se dice redonda y no pro-
piamente esférica. Esto parece que sienten
Plinio en el cap. 66 del libro II, *Orbem
certe dicimus terre globum quem vertici-
bus includi fatemur. Neque absoluti orbis
est forma in tanta montium excelsitate
tanta camporum planicie.* Las mismas pa-
labras dice Beda en el libro *De natura re-
rum*, cap. 46. En aquello que dice, no de
forma absoluta, da á entender, que absolu-
tamente no es la tierra esférica, sino con
condicion, conviene á saber, si todas las
partes de la tierra juntamente se ayunta-
sen con el anchura de las líneas, de tal ma-
nera, que las líneas vayan sobre la tierra en
circuito, no descendiendo á los llanos ni
campos ni montes, resultaria entonces un
ayuntamiento que sería de esférica figura;
y porque el Almirante no ignoraba las ra-
zones que los antiguos daban de la redon-
dez de la tierra, según él dice aquí: "Yo
siempre leí que el mundo, tierra y agua,
era esférico, y las autoridades y experien-
cias que Ptolomeo y todos los otros que es-
cribieron deste sitio daban y amostraban
para ello, así por eclipses de la luna y otras
demostraciones que hacen de Oriente hasta
Occidente, como de la elevacion del polo
de Septentrion al Austro; agora vi tanta
deformidad, como ya dije, y por eso me
puse á tener eso del mundo, y fallé que no
era redondo de la forma que escriben, sal-
vo que es de forma de una pera que sea to-
da muy redonda, salvo que allí donde tie-
ne el pezon allí tiene más alto, etc." Estas
son sus palabras. Donde muestra no igua-
rar en este caso lo que otros de la redondez
de la tierra sabian, así que, como esto su-

piése, también habria visto esto que se di-
jo de Plinio, y con ello ayuntadas las mu-
danzas y novedades maravillosas que en la
mar y en la tierra veia, no parece que se-
rá razon de imputarle á falta de saber por-
que dijese, que aunque sabia afirmar los
pasados ser la tierra redonda, que no ser
del todo esférica le parecia.

CAPITULO CXLL

* Continuanse examinando las razones que movian
al Almirante para opinar que hácia aquella parte
debía estar el Paraíso terrenal.

Cuanto á sospechar que podía ser que el
Paraíso terrenal estuviera en parte de aque-
lla region, tampoco el Almirante opinaba
fuera de razon, supuestas las novedades y
mudanzas que se le ofrecian, mayormente,
la templanza y suavidad de los aires, y la
frescura, verdura y lindeza de las arbole-
das, la disposicion graciosa y alegre de las
tierras, que cada pedazo dellas parece un
paraíso, la muchedumbre y grandeza impe-
tuosa de tanta agua dulce, cosa tan nueva;
la mansedumbre y bondad, simplicidad, li-
beralidad, humana y afable conversacion,
blancura y compostura de la gente. De lo
cual dice así: "La sacra Escritura signifi-
ca que Nuestro Señor hizo el Paraíso ter-
renal, y en él puso el árbol de la vida, y
del sale una fuente de donde resultan en es-
te mundo cuatro rios principales, Ganges y
Euphrates, Tigris y Nilo. Yo no hallo ni
jamás he hallado escritura de latinos ni de
griegos que certificadamente diga el sitio
en este mundo del Paraíso terrenal, ni he
visto en ninguna mapamundi, salvo situa-
do con autoridad de argumento; algunos le
ponian allí donde son las fuentes del Nilo en
Etiopía, mas otros anduvieron todas estas
tierras, y no hallaron conformidad dello en
la templancia del cielo, en la altura hácia
el cielo, porque se pudiese comprender que
era allí. Algunos gentiles quisieron decir,
por argumentos, que él era en las islas For-
tunadas, que son las Canarias, etc.; Sant
Isidoro y Beda, y Strabon y el Maestro de
la "Historia escolástica," y Sant Ambro-
sio, y Scoto, y todos los santos teólogos con-
ciertan que el Paraíso está en el Oriente.
"Ya dije lo que yo hallaba deste hemisfe-
rio y de la hechura, y creo que si yo pasa-
ra por debajo de la línea equinoccial, que
en llegando allí, en esto más alto, que ha-

llara muy mayor temperancia y diversidad
en las estrellas y en las aguas, no porque
yo crea que allí donde es el altura del es-
tremo sea navegable, ni agua, ni que se pue-
da subir allá, porque creo que allí es el Pa-
raíso terrenal, á donde no puede llegar na-
die, salvo por voluntad divina; y creo que
esta tierra que agora mandaron descubrir
Vuestras Altezas, sea grandísima, y haya
otras muchas en el Austro, donde jamás se
hobo noticia. Yo no tomo quel Paraíso ter-
renal sea en forma de montaña alta, áspé-
ra, como el escribir dello nos amuestra, sal-
vo que sea en el colmo, allí donde dije la
figura del pezon de la pera, y que poco á
poco, andando hácia allí desde muy léjos,
se va subiendo á él, y creo que pueda salir
de allí esa agua, bien que sea léjos, y ven-
ga á parar allí, de donde yo vengo, y haga
este lago. Grandes indicios son estos del
Paraíso terrenal, porque el sitio es confor-
me á la opinion destes santos é sacros teó-
logos, y asimismo las señales son muy con-
formes, que nunca jamás leí ni oí que tan-
ta cantidad de agua dulce fuese así, dentro
é vecina de la salada, y en ello ayuda asi-
mismo la suavísima temperancia; y si de
allí del Paraíso no sale, parece aún mayor
maravilla, porque no ereo que se sepa en el
mundo de rio tan grande y tan fondo." To-
das estas son palabras formales del Almi-
rante, con su humilde, y falto de la propie-
dad de vocablos, estilo, como que en Cas-
tilla no habia nacido, por las cuales no pa-
rece muy oscuro, el Almirante no ser poco
experimentado en la lectura divina y de
historias antiguas y doctrina de santos doc-
tores, y de autores también profanos.
Para mostrar de esto algo, y para que se
vea que no irracionalmente, sino con pro-
bables y razonables motivos, podía opinar y
sospechar, al ménos, estar por aquella tier-
ra firme, ó cerca, ó léjos della, la region
donde está situado el Paraíso terrenal, cua-
tro cosas cerca dello quiero aquí, declaran-
do algunas que toca el Almirante, decir: la
una, lo que por los autores, de la altura del
Paraíso terrenal, se dice; la otra, en qué si-
tio, region ó parte de la tierra está, ó si en
isla ó en tierra firme; la tercera, de la gran-
deza ó tamaño y capacidad dél; la cuarta,
de las qualidades (algunas, empero), que al
propósito hacen, que tenia y hoy tiene.
Cerca de lo primero, esta es sentencia co-
mun de todos los doctores, que es el más al-
to lugar de la tierra, y así lo dice Damas-
ceno, libro II, cap. 2.º, *De ortodoxa fide:*
In Oriente quidem omni terra celsior, etc.

Sirabo, que fué hermano de Beda, sobre el
"Génesis," é pónese en la glosa ordinaria,
dice, que tan alto, que llega al cielo de la
Luna: *Locus remotissimus pertingens us-
que ad circulum Lunæ* etc.; y el Maestro
de las historias, en el cap. 13, sobre el "Gé-
nesis," afirma lo mismo; el Maestro de las
Sentencias, en el II, distincion 17, lo refie-
re. Muchas sentencias y diversas, nacieron
de la altura del Paraíso, pero la verdadera
es, que pues la Sagrada Escritura no expli-
ca cuánta sea, ninguno puede naturalmente
definirla, y por esto lo que se ha de tener
es, que tanta es su altura, cuanto convenia
á la buena y salubre vivienda de los hom-
bres en el Paraíso; esta era la templanza
del lugar, que delectablemente allí se vi-
viese, esto que ni hubiese calor ni afligiese
el frio, sino que estas calidades fuesen re-
ducidas á el medio, de donde procediese la
sanidad, y las cosas que allí hobiese no se
corrompiesen, ó no fácilmente fuesen cor-
rompidas. La corrupcion se hace por la ac-
cion de la contrariedad, y, para impedir
esta contrariedad, necesario era no estar el
Paraíso en lugar de accion vehemente pa-
ra causar contrariedad, y porque en el fue-
go hay extremo de contrariedad, que es el
gran calor, y en el aire también caliginoso
hay extremo de contrariedad, que es gran
frio, y en la tierra, puesto que no hay ex-
tremo de contrariedad, sino una mezcla de
frio y calor por la incidencia y reflexion de
los rayos del sol, y por esta causa hay algu-
na templanza, pero es poca, y es con accion
de contrariedad, por esta razon ni pudo po-
nerse el Paraíso terrenal que llegase al cie-
lo de la luna, porque el elemento del fuego
que llega al cóncavo de la luna quemara to-
das las cosas y á todo el Paraíso terrenal, ni
tampoco ponerse entre el aire turbio y ca-
liginoso, por la mucha frialdad, que todo
también lo mortificara. En la tierra estu-
viera con ménos daño, porque hay en ella
un poco de templanza, pero todavía por la
mucha accion de contrariedad, muy presto
en ella las cosas se corrompen, porque este
lugar de nuestra habitacion tiene el aire
turbulento, por los vapores y exhalaciones
que salen de la tierra y del agua, por lo
cual no puede haber mucha sanidad en él.
Fué, luego, necesario dar tal sitio y lugar
al Paraíso donde no hobiese alguna accion
de contrariedad, pero mayor y menor tem-
perancia y serenidad; este lugar, no es otro
sino la tercera region del aire, que esta lue-
go sobre la del aire caliginoso y turbio, por-
que allí hay poca accion de contrariedad,

la que basta para alguna generacion y corrupcion.

Que este lugar se pueda, como es dicho, persuadir el Paraíso donde esté situado, conviene á saber, la tercera region del aire, parece así, porque otros montes hay en la tierra que llegan hasta allí; uno es, aquel tan nombrado y celebratísimo, y así admirable en altura, Olimpo, el cual es tan alto que parece llegar al cielo, y por esta causa, entre los griegos, el nombre del cielo y el del monte Olimpo, uno no más es, y así, la cumbre dél, llaman las gentes de aquella tierra, cielo; dice Olimpo, quasi *olo lampus*, que quiere decir, cielo. Deste dice Sant Isidoro, libro XIV, cap. 8º, de las "Etimologías," que Olimpo es un monte de Macedonia demasadamente alto, que las nubes se vean debajo dél; del cual canta Virgilio: *Et nubes excesit Olympus*, y así parece que aquel monte suba sobre las nubes que están en la segunda region del aire, ó en el aire caliginoso; y más, se dice, que todas las pasiones y turbulencias del aire sobrepuje, por lo cual los filósofos que allí subian á contemplar los sitios y cursos de las estrellas, no podían vivir en aquel monte si no llevaban consigo esponjas con agua bien imbuídas y empapadas, de las cuales chupando y atrayendo á sí el agua, dice que espesaban el aire para lo atraer y poder respirar y vivir, porque por su sutileza de aquel aire superior y puro, no se podía atraer para respirar ó resollar, y así no podían los hombres vivir, ni las aves pudieran allí volar, por no poder sostener el peso del cuerpo dellas; así lo dice Sant Agustín sobre el *Genesis*, ad literam, cap. 14, en la obra imperfecta. Esto se trata tambien en el libro *De proprietatibus rerum*, libro XIV, cap. 29, hablando del monte Olimpo, y alega al Maestro de las Historias, y no señala en qué lugar. Y que este monte Olimpo trascienda el aire caliginoso parece por un cierto argumento, porque allí ni hay jamás viento ni lluvias, y estaba en él un templo dedicado á Júpiter, donde, cuando se ofrecían los sacrificios, escribían ciertas letras en la ceniza ó en polvo, y cuando volvían otro año, al tiempo de hacer las ceremonias de los sacrificios, se hallaban las mismas letras en la ceniza, sin haberse deshecho, lo que no pudiera ser si viento ó lluvia allí cayera; así lo toca Sant Agustín, donde dije arriba, y más largo lo dice Solino en su *Polistor*, cap. 13, y así parece que el monte Olimpo sobrepuja las impresiones del aire caliginoso y oscuro, y por consiguiente, lle-

ga á la tercera region del aire, que es toda serena, y con todo eso, no es tanta su altura que no pudiesen subir á él los filósofos á especular y los sacerdotes á ofrecer sacrificios.

Y no solamente Olimpo, monte, sobrepuja las nubes, pero tambien el monte Athos en Macedonia ó en Tracia, del cual dice el mismo Solino en el cap. 21, y Pomponio Mela, libro II, cap. 2º, que es más alto que el lugar de donde descienden las lluvias, y este lugar es la media region del aire, de tal manera que: *capit opinio fidem quod de aris quas in vertice sustinet, non abluatur cinis sed quo relinquatur aggere manet*. Y tiene otra cosa que se tiene por una de las maravillas del mundo, que llega con su sombra hasta la isla Lemno, una de las del Archipiélago, que está dél 86 millas, que son mas de 28 leguas. *Quod non frustra inter miracula notaverunt cum Athos Lemno sex et octoginta millibus passuum separaretur*. Lo mismo dice Sant Isidoro, libro XIV, cap. 8º, de las "Etimologías." Y, cierto, la isla de Tenerife en las Canarias, y la isla del Pico en las de los Azores, no creo que son muy ménos altas que las dichas, como quiera que las veamos, á lo ménos la del Pico, 40 leguas en la mar, y mucho más alta la cumbre dellas que las nubes, y que parecen por debajo dél. Pues si estas sierras ó montes ya dichos llegan á la tercera region del aire, que es toda serena y suave, no es difícil cosa de creer y conceder que el Paraíso terrenal suba encima de los vientos y de las lluvias en la region tercera del aire, al cual, con más razon podemos dar mayor altura que á los montes comunes de que ya tenemos cierta noticia. Finalmente, es de concluir que el Paraíso terrenal está en lo más alto de toda la tierra, y sobrepuja todos los otros altos montes por altos que sean, donde las aguas del Diluvio no pudieron llegar, ó por su altura ó porque no convino que llegasen, las cuales sobrepujaron 15 codos á todos los más altos, parece. *Genesis*, 7. Pues trayendo lo dicho al propósito, como el Almirante considerase la tierra no ser esférica del todo, como ya se probó, y la necesidad del lugar ó altura del Paraíso, pudo imaginar el dicho monte ó lugar ser como el pezon de la pera, como lo más alto de toda la tierra, puesto que la semejanza de las cosas en todas las particularidades no se pueda ni deba guardar, porque de otra manera, una cosa no sería semejante á otra sino ella misma.

CAPITULO CXLII.

Prosigue la materia del capítulo anterior.

Cuanto á lo segundo que propuse decir, en qué sitio ó region ó parte de la tierra, ó si en isla ó tierra firme, puesto sea el Paraíso terrenal, decimos: que en qué lugar ó debajo de qué parte del cielo sea su sitio, cierta, determinada y precisamente, nadie de los que vivimos y vivieron antes de nos, mientras vivian, ni lo sabemos ni lo supieron, si no fuesen aquellos á quien la divina voluntad quiso revelarlo, porque la Escritura divina no lo declara. Y por esta causa de incertidumbre, hubo diversas opiniones, no sólo entre gentiles, pero tambien entre católicos. Lo que la Escritura Sancta dice, es esto: *Plantaverat autem dominus Deus Paradisum voluptatis, á principio*. "Génesis" II. Algunos exponen á principio, por en el Oriente, porque de allí comienza el movimiento del cielo que primero se mueve, ó que se llama *primum mobile*. De aquí entienden que el Paraíso sea situado en Oriente, y así lo dice Sant Isidoro, cap. 3º del libro XV, de las "Etimologías:" *Paradisus est locus in Orientis partibus constitutus, cujus vocabulum ex graeco in latinum vertitur, hortus. Porro hebraice Edem dicitur, quod in nostra lingua delitias interpretatur, quod utrumque junctum facit hortum deliciarum, etc.* San Juan Damasceno, *De ortoaoxa fide*, libro II, cap. 2º, *inter cetera*, dice: *Hic locus divinus est Paradisus, Dei manibus in Edem, id est delitiis et voluptate, plantatus in Oriente quidem omni terra celsior, etc.* La "Historia scolástica," en el cap. 13, sobre el Génesis: *Plantavit Deus Paradisum herbis et arboribus insitum, á principio creationis, scilicet cum aperuit arida, et germinare terram fecit. Vel á principio id est á prima orbis parte unde alia translatio habet Paradisum. In Edem ad Orientem. In Edem, id est delitiis: á principio id est ad Orientem est autem locus amenissimus longo terra et maris tractu á nostra habitabili zona secretus, etc.* Strabo tambien á lo mismo conuerda: *Paradisus est locus in Oriente positus, interjecto Oceano et montibus appositus, á regionibus quas incolunt homines secretus et remotissimus*. Lo mismo afirma Josefo, libro I, cap. 2º, *De Antiquitatibus*: *Dicit autem etiam Deum plin' asse ad Orientem Paradisum, etc.* Todas estas sentencias pretenden ser su asiento en las partes de

Oriente, y ser secretísimo y apartado de toda poblacion de hombres por mucha lejura de tierra y de mar que esté en medio.

Sancto Tomás dice en la primera parte, cuestion CII, art. 1º, y en otros lugares, que convenientemente se afirma estar puesto el Paraíso terrenal en el Oriente, porque es de creer que en el más notable lugar de la tierra esté situado, y este es el Oriente, como sea la diestra parte del cielo, segun el Filósofo, en el libro II, *De celo et mundo*, y la diestra es más noble que la siniestra, y así, fué cosa conveniente que Dios allí lo pusiese. Estas son palabras de Sancto Tomás. Cerca de este punto es de notar, que, en cualquier sitio que el Paraíso esté, se puede entender estar al Oriente; la razon es, porque en cualquier punto en la tierra se puede entender estar al Oriente, por respecto y en comparacion del cielo, ó por respecto de diversos sitios de la tierra, si no es por respecto de los dos polos, por ser inmóviles ó móviles; y por eso, por decir estar al Oriente, no por eso se determina cierto y preciso lugar de la tierra en que tenga su sitio el Paraíso. Otro: hobo que tuvieron por opinion que estaba el Paraíso terrenal en alguna parte del Occidente, y este fué error de los gentiles que siguieron los versos y ficciones de los poetas, los cuales afirmaron estar en las islas de Canaria, por lo cual las llamaron Fortunadas y Bienaventuradas, quasi diciendo que los que en ellas vivian eran felices y bienaventurados. Así lo testifica Sant Isidoro en el libro XIV, cap. 6º, de las Etimologías: *Fortunatarum insulae vocabulo suo significant omnia ferre bona quasi felices et beatæ fructuum ubertate: sua enim natura pretiosarum poma silvarum parturiunt, fortunatis vitibus juga colim vestiuntur. Ad herbarum vicem messis et cibus vulgo est, unde gentium error et secularium carmina poetarum, propter soli fecunditatem, easdem esse Paradisum putaverunt, etc.* Estas son sus palabras. Hesiodus, poeta que segun Plinio, en principio del libro XIV de la "Natural Historia," fué el primero que dió preceptos ó reglas de agricultura, hace mencion que en las islas Canarias estaba el Paraíso, que llamaban los gentiles los Campos Eliseos, como arriba en el capítulo 20 largamente dijimos. Strabo, en el principio de su "Geografía," hace la misma mencion destas islas Canarias, y tambien que en España, por su fertilidad, ponía Homero y tambien Platon los dichos Campos Eliseos, que llamamos el Paraíso.

Pero podrá preguntar alguno cómo adivinaban los gentiles nuestro Paraíso por la suavidad y amenidad ó templanza y aspecto favorable de los cielos, que trataban de los Campos Elíseos, donde creían ir las ánimas de los que en esta vida justamente vivían? Responde Gregorio Nacianceno, en la oración octava sobre lo muerte de Sant Basilio, y Eusebio, en el libro XII *De Evangelica preparatione*, que los griegos y señaladamente Platon, aquello y otras muchas cosas tomaron de los libros de Moisés y de nuestra antigua Sagrada Escritura. *Sapientes (inquit Gregorius), qui fuissent in Eliseos Campos receptos aserebant terram scilicet immortalem, quo nomine appellabant nostrum Paradisum ex Mosais libris edocti; licet in appellando eo discrepant, Campum Eliseum vel pratum herbosum illum vocantes, etc.* Pero dejado el lugar ó el sitio del Paraíso que aquestos decían, gran diferencia es la que hay entre la felicidad del Paraíso á las islas de Canaria que llamaban Fortunadas, porque aunque muchas cualidades se cuentan por los antiguos dellas, fué por la gran licencia que los poetas se tomaron de fingir muchas más de las que en la verdad eran; lo cual se averigua, lo uno, por lo poco que las alaba de bienaventuradas Solino en el capítulo último de su Polistor, donde dice, que mucho más dice la fama que por sus nombres en la verdad tienen: *De harum nominibus expectari magnum mirum iror, sed infra famam vocabuli res est*, y referidas algunas buenas calidades suyas, dice al cabo: *Ideoque non penitus ad nuncupationem suam congruere insularum qualitatem*. Y así, no son aquellas islas del nombre de Paraíso dignas, y por esto parece claro, los muy antiguos ninguna noticia haber tenido destas Indias sino fuese atinando, porque, si la tuvieran, con muy mayor razon pusieran en ellas los Campos Elíseos que en las islas de Canaria, ni en España, pues es manifiesta la ventaja, como cien mil partes á una, que á todas las del mundo, en felicidad, templanza de aires, aspecto de los cielos, aguas, frutas, frescura, suelo, disposición de la misma tierra y otras naturales riquezas hacen estas Indias, como arriba en muchos capítulos ha parecido, y es harto buen argumento; y porque allí, donde el Almirante andaba, era maravillosa la frescura y temperancia de aires, y alegría de la tierra, cielo, agnas y arboledas, que por los ojos via, no era mucho que por allí concibiese, aunque había navegado hácia el

Poniente (puesto que también sentía ser el fin de Oriente), estar, no los Campos Elíseos como los gentiles, sino, como católico, el terrenal Paraíso.

CAPITULO OXLIII.

Prosigue la materia del capítulo anterior.

Fueron algunos otros que tuvieron opinión que estaba el Paraíso terrenal deajo de la línea ó en la línea equinoccial, y, para prueba dello, señalaban algunas razones: una era, porque, según muchos filósofos, aquel lugar es temperatísimo por las razones que al principio el Almirante propuso ante los Reyes católicos, probando ser posible el descubrimiento deste orbe, las cuales pusimos en los capítulos 6.º y 7.º, y la verdad desta temperancia, cierto, más vemos por nuestros ojos que podemos leer en ningunos libros. Pues como el Paraíso haya de tener el más templado y felice lugar que se pueda hallar en la tierra, según que arriba se ha visto, pareciales que allí debía estar situado el Paraíso terrenal, y confirmase por esta razon, y sea la segunda, porque en la línea equinoccial, ó cerca della, entre los trópicos, que se llama, según Virgilio en el primero de las "Geórgicas," y Sant Jerónimo en la *Epistola ad Paulinum*, al principio, la Mesa del sol, está la ciudad de los filósofos, nombrada Arim, y otros lugares cuyos habitadores todos, por la mayor parte, se ocupan en ciencia de astrología y en especular los secretos de las cosas naturales; pues como, para entender y ejercitarse en esta especulación y estudio, se requiriese vivir ó habitar en lugar suave y templado, ajeno de las perturbaciones é inquietudes que causan el excesivo frío y calor, como en el cap. 141, hablando del monte Olimpo, se dijo, por esto les parecía que por aquella region debía de estar el Paraíso; y porque el Almirante había ejercitado estas antiguas lecturas, y se via 5º de la línea equinoccial, y con tan maravillosa frescura, verdura, templanza, y tan sensible serenidad, pudo no sin mucha causa ser movido, al menos, á sospechar quen aquella tierra de Paria ó cerca della debía estar el Paraíso terrenal.

Dícese allí la Mesa del sol, por una manera de metáfora, porque los filósofos, como en mesa de dulces manjares, se mantenían y recreaban del suave y deleitoso

manjar de la sabiduría y ciencia de filosofía, penetrando y entendiendo los secretos, por ella, de los movimientos é influencias y virtudes de los cielos y estrellas, y de las otras cosas naturales; pero, en el sentido literal, la Mesa del sol se dijo y dice, porque en Etiopía, cerca de la isla de Meroc, que hace el rio Nilo, la cual está cerca de la línea equinoccial, donde viven la gente que se llaman macrobios, gente amísimica de justicia, de verdad y de virtud, y que se adornan con joyas hechas de cobre, y las prisiones á los delincuentes hacen de oro, por tener en ménos estima el oro que el cobre, hay un prado ó campo en el cual de noche, los que gobiernan, mandan proveer y hinchar de muchas y diversas carnes asadas, en suna y grande abundancia, y, salido el sol, cada uno de los que quiere van á él y toman lo que dellas quieren, á su voluntad; piensan los ignorantes pueblos, que divinalmente aquello se les provee y nasce en aquel campo, y porque adoran al sol, llaman la Mesa del sol, estimando que el sol se lo provee. De aquí salió entre los antiguos este proverbio ó refrán, que á toda abundancia ó provision copiosa de comida, ó cuando los ricos daban en sus casas bien de comer á los menesterosos, llamaban Mesa del sol. Por esto la llama Sant Jerónimo, donde dije arriba, *Famosissimam solis mensam*. Della hace mencion Herodoto en el libro III de su "Historia," y Pomponio Mela, libro III, cap. 10, y Solino, cap. 43.

Por ver á esta Mesa del sol envió Embajadores Cambises, Rey de Persia, al Rey de Etiopía, diciendo que la deseaba ver como cosa tan maravillosa; pero hacíalo por usurpar aquel señorío de Etiopía; el cual enviando sus Embajadores, más por espías para especular la tierra por donde había de entrar con su ejército, que con embajada, dióles muchos dones, ciertas vestiduras de carmesí, é collar de oro y ajorcas, que usaban los hombres de aquellos tiempos, y un alabastro de unguento, y vino de Fenicia, muy precioso, que le presentasen de su parte y dijese así: "Cambises, Rey de los persas, deseando ser tu amigo, querría también ser huésped tuyo; nos ha enviado y mandado que ven-gamos á te hablar de su parte, y te presentásemos estos dones, los cuales él tenía por muy preciosos y usa dellos como en cosa de que él se deleita, y porque te amo quiso con ellos agradarte." Pero el Rey de Etiopía, entendiendo que más por es-

cudriñarle su reino, para usurpárselo los enviaba, respondióles: "Vuestro señor, el Rey de los persas, ni os envía porque él tenga en mucho ser mi huésped, ni vosotros decís verdad, porque no venís sino á especular nuestro imperio, ni vuestro Rey, que os envía, es bueno ni justo, porque, si justo fuese, no desearia usurpar el reino y region ajena, sino estaria con la suya contento, ni á los hombres que mal nunca le hicieron querría poner en servidumbre, y por tanto, vosotros tomad este arco y decidle: El Rey de Etiopía da este consejo al Rey de los persas, que cuando los persas trujeren tan fácilmente sus arcos, tan grandes como este, entónces con mayores ejércitos mueva guerra contra los macrobios etiopes, y, entretanto, haga gracias á los dioses que no inspiran ni mueven á los hijos de los etiopes, que, fuera de la suya, cudicien adquirir otra region." Y dicho esto, dióles el arco. Y esto decia, porque eran todos aquellos macrobios hombres de gran estatura, y los arcos usaban muy gruesos y grandes, y el Rey siempre era elegido el que era mayor de cuerpo. Tomó la vestidura de púrpura, y sabido que con sangre de ciertas conchas se teñía, dijo: "Los hombres dolosos engañadores, de dolosos y engañosos vestidos se visten." Preguntado para qué eran aquellas ajorcas y collar de oro, y respondido que para atavío de los Reyes, rióse creyendo que eran prisiones, y dijo: "Más fuertes son las prisiones de mis cárceles." Preguntado por el unguento, y le dijese que de ciertas confecturas se hacia, dijo lo mismo que de la púrpura; cuando vinieron al vino gustólo y maravillosamente se deleitó. Preguntó qué cosas tenía por manjares su Rey, y qué tanto vivían en su tierra los hombres; repondiéronle que comían pan de trigo, dándole á entender qué era y cómo se hacia, y que á lo más que llegaba la vida eran ochenta años; respondió: "No es maravilla, pues comen estiércol, que viven tan poco." Preguntado el Rey por los Embajadores, qué tanto vivían los hombres en aquel su reino, respondió, que ciento veinte años, y más, porque no comían otra cosa sino carne cocida y bebían leche. Finalmente, tornados los Embajadores al Rey Cambises, y sabida la respuesta, hecho furibundo y sin considerar lo que debiera hacer, junta grande ejército para ir contra el rey de Etiopía, que mal nunca le había hecho; y, no proveyendo los mantenimientos necesarios, ántes que la

quinta parte del camino anduviese, pasando por dificultosísimos lugares, acabáronseles las talegas; comenzó el ejército á comer hierba, y él no por eso dejó el camino hasta que llegaron á ciertos arenales, donde faltándole del todo la comida, acuerda el ejército de echar suertes sobre que de cada diez uno, dellos mismos, se comiesen. Oido por Cambises, acuerda de tomarse, habiendo muchos del ejército perecido. Vuelto á Thebas y de allí á Memphis, ciudad de Egipto, envió por la mar otro grande ejército contra los etíopes, que nunca le habían, como dicho es, ofendido, á donde hizo de satinos, y al cabo, allí, con rabia de no haber con su locura salido, del todo perdió el geso. Todo esto cuenta Herodoto en su libro III. Esto hemos referido por ocasion de la Mesa del sol que dijimos.

De otra manera, y por otros efectos hablan los astrólogos y astrónomos de la Mesa del sol, y es esta: que partiendo y dividiendo la tierra toda en tres partes, la una es la parte austral, la segunda la aquilonar, la tercera la Mesa del sol. Todo lo que hay de tierra de esa parte del trópico de Capricornio hiemal, nombran austral; toda la parte que hay desta de trópico de Cancro estival, aquilonar; y toda la que se contiene entre ambos á dos trópicos, llamaron la Mesa del sol; la razon es, porque el sol no sale de entre los dos trópicos, y entre ambos, cada día natural de veinticuatro horas de Oriente á Poniente, por el movimiento del primer movable, parece que se apacienta y recrea como en una mesa; y en seis meses del año, con el movimiento propio, ándase del trópico hiemal al estival, y los otros seis meses del estival al hiemal; y así, por una manera de metáfora, llaman todo aquel espacio de tierra de entre ambos trópicos la Mesa del sol, como dicho es. La tercera razon, que los que afirmaban estar el Paraíso en la línea equinoccial daban, colegian de los nascimientos del rio Nilo, arguyendo así: cierto es que el rio Nilo es Gion, uno de los cuatro que salen del Paraíso, pues vemos que este rio aparece y mana teniendo sus principios y fuentes de la etíopía, cerca de la línea equinoccial, el cual cerca toda la tierra de Etiopía, como dice la Escritura "Génesis" cap. 2.º, y despues allí riega la tierra de Egipto; luego señalan que debe allí, ó cerca de allí (conviene á saber, de la línea equinoccial), estar el Paraíso terrenal, y pareció venir derecho camino de hácia allá. Destas tres razones aquí dichas, que alegan los que afirman es-

tar el Paraíso en la línea equinoccial, las dos, primera y tercera, refiere, con aquellos, Sancto Tomás en el segundo escripto sobre las "Sentencias," distincion 17, cuestion 3ª, art. 2.º *In corpore*. Y aunque la razon postrera parece que arguye, con alguna sospecha, que por allí estará el Paraíso, por aparecer Nilo cerca de la equinoccial, pero no es muy eficaz; la razon es, porque muchos rios hay é fuentes que nacen en unas tierras y islas, y viénense á tornar á nacer á otras, aunque ellas estén muy apartadas, y entre ellas haya mucha distancia de tierra ó de mar, porque si la distancia es de tierra, puede venir, é de hecho viene, el agua por venas y soterráneos ocultos de la tierra, y en unas tierras aparecen, y en otras se sumen y corren sin verse ni sentirse, y en otras parece que de nuevo nacen, como si allí fuese su primer origen; y si la distancia tambien es de mar, lo mismo acaece, porque viene, ó por los caminos soterráneos de la tierra que está debajo de la mar, ó por encima de la misma agua salada, porque la agua dulce anda siempre por encima de la salada por ser más liviana, y va su camino, y si algo toma de la salubre, despues, pasando por las venas de la tierra, se torna á endulzorar.

Desto un asaz patente ejemplo tenemos del rio Alpheo, que su fuente y nascimiento es en la Peloponense, provincia de Grecia, que se solia llamar Acaya, donde predicó Sant Andrés, agora se llama la Morea, y está entre los mares Jonio y Egeo, cuasi como isla, de allí corre aquel rio Alpheo y va por la ciudad de Elide y por la de Pisa, ciudad de Arcadia; de allí se sume y va mucho camino por debajo la tierra, despues por debajo de la mar por grandes honduras, como son las del Archipiélago, y va á salir en la isla Ortigia, que tambien se llama Délos, la principal del Archipiélago, en manera de fuente, como si allí tuviese su primer nascimiento; despues deja á la Grecia, y va por debajo de la mar y sale por la fuente Aretusa, muy nombrada, que está en la isla de Sicilia, cerca de la ciudad Siracusana, y de allí entra en el mar, lo cual es cosa admirable. Esto se experimenta echando pajas ó otra cosa liviana en el principio y fuente del rio Alpheo, que es en Grecia, viene á salir por la dicha fuente Aretusa, en Sicilia. Así lo cuenta Virgilio en el III de las "Eneidas", *Alpheum fama est Elidis amnem occultas egisse vias subter mare; qui nunc ore Aretusa tuo confunditur undis*, y en el VII

de "Las Bucólicas", en la égloga última; y Ovidio, en el V de *Metamorphoseos*, al fin, y Strabo en el libro VIII, y Séneca tambien en el libro V de las "Cuestiones naturales". Lo mismo y más eficazmente se prueba por los rios Tigris y Euphrates que salen del Paraíso terrenal, los cuales no se nos manifiestan luego como salen, antes, por debajo de tierra y por mar, con luengo discurso, y no salen hasta la region de Armenia, donde ambos juntos se muestran por una fuente, como si allí fuese su primer principio, y de allí luego se dividen, y el Tigris va más al Oriente, hácia los Asirios, y Euphrates hácia los Caldeos; desto hace mencion Salustio y Boecio, libro V, metro primero, *De consolatione: Tigris et Euphrates uno se fonte resolvunt et mox adjunctis dissociantur aquis; si coeant cursumque iterum revocentur in unum, confluat alterni quod trahit unda vadi*, etc. Y Sant Agustín, libro IX, cap. 6.º, sobre *Genesis ad literam*. Lo mismo parece del mismo rio Nilo, que en muchas partes se encierra y en muchas aparece, y nunca se ha podido tener certidumbre dónde sea su nacimiento, despues de que sale del Paraíso, segun arriba se ha visto. De todo lo dicho se sigue, que podrá estar el Paraíso en alguna isla cercada de mar, porque ninguna razon repugna, ántes parece apuntarse por el dicho de Strabo, y que dicen, que, *interjecto Oceano et montibus appositis*, etc., estar cercado de mar, y así ser isla; pero que sea en isla, ó esté situado en tierra firme, ni se ha sabido ni se puede saber, si Dios, que lo asentó en su lugar, no lo revela.

Tambien hace á la prueba de lo arriba dicho, lo que refiere Sant Anselmo en el libro I, cap. 22, *De imagine mundi*, acuerda Sant Agustín, sobre *Genesis ad literam*, libro V, cap. 10, el cual dice, que el agua, de todas las fuentes y rios del mundo, dulce, de la fuente y cuatro rios del Paraíso procede, y que al abismo, que es la madre de donde la dicha fuente nasce, otra vez se torna; la cual, puesto que por todos los mares ande, no, empero, con el agua de la mar se mezcla, sino que como el agua dulce sea liviana, corre por encima de la salada, que es pesada, y por el discurso suyo, secreto, se torna; de aquí es lo que se dice *Ecclesiastes I: Ad locum unde exeunt flumina revertuntur ut iterum fluant: omnia flumina intrant in mare et mare non redundat*. Y así parece, que la postrera de las tres razones que traen para pro-

bar que el Paraíso terrenal está en la línea equinoccial, por nacer por allí cerca el rio Nilo, no urge mucho, puesto que podria estar so ella. Desta opiúion hace mencion Sancto Tomás, primera parte, cuestion 102, art. 2.º, *in fine*, donde dice: *Quidquid autem de hoc sit credendum est: Paradisum in loco temperatissimo constitutum esse, vel sub equinocciali ut alibi*.

CAPITULO CXLIV.

* Prosigue la materia del capítulo anterior.

No faltaron algunos otros que sintieron estar el terrenal Paraíso á la parte austral de Mediodía, pasados ambos trópicos, y para persuadirlo trajeron algunas razones no fuera de razon, y principalmente hacen esta razon, y es la misma que arriba, cap. 142, trujimos de Sancto Tomás: A la más notable parte de la tierra, como es el Paraíso terrenal, débensele, segun toda orden y razon natural, la cual guarda siempre la divina Providencia, la más noble parte del cielo, pues la más noble parte de toda la redondez de la tierra es el Paraíso terrenal, como arriba se ha visto, y abajo, de aquí á poco, en el cuarto artículo, se verá; luego el Paraíso terrenal está situado y constituido en la parte del mundo austral. Que se le deba la más noble parte del cielo á la más noble parte de la tierra, pruébase lo primero por el Filósofo en el IV de los "Físicos", que el lugar y lo que se ha de poner en él han de ser ambas á dos cosas proporcionadas: *Locus et locatum debent proportionari*. Lo segundo se prueba, porque la nobleza, bondad, fertilidad y felicidad de la tierra, no le viene á la tierra principalmente, ni procede, sino de las nobles y felices influencias de las estrellas y aspecto favorable y benévolo del cielo, como de la causa universal, segun parece por lo que en los capítulos 84 y otros se ha tractado, luego á la noble y felice tierra, noble y felice parte se le debe al cielo, y á la más noble más noble, y á la nobilísima nobilísima; pues el Paraíso y su tierra es la nobilísima parte del mundo, luego nobilísimo asiento se le debe por respecto del cielo.

Que la más noble parte y más felice y felicísima del cielo sea la parte austral, de la otra parte de los trópicos y Mesa del sol, como lo llamaban los poetas y astrólogos,

esto será menester probarlo; para la prueba de lo cual, debemos presuponer: Primero, que segun el Aristótel y Alberto Magno, en el II *De celo et mundo*, y segun Ptolomeo y todos los filósofos y astrólogos, comunmente todo el orbe juntamente es dividido con la tierra en dos partes principales, iguales, segun que la línea equinoccial lo divide en dos hemisferios, austral y aquilonar; y dicen que el austral es la cabeza y emipencia del mundo, y el aquilonar son los pies y lo bajo y cuasi sentina del mundo. La mano derecha es el Oriente, ó parte oriental donde comienza el movimiento del primer móvile, como ya se ha tocado; y la izquierda es el Occidente ó Poniente, donde va el movimiento. Esto supuesto, manifiesto es que la cabeza de todas las cosas naturales y artificiales, y aun civiles, siempre vemos ser más adornadas y de mejor hechura, y más dignas de donde procede la virtud ó influencia á los otros miembros del cuerpo, en las cosas, al ménos, que viven, como una hormiga y un gusanito y en un árbol, que aunque tiene la cabeza debajo de la tierra, si aquella cabeza no tuviese vida, no la ternia todo el árbol, pues della depende al árbol el nutrimento y sustentacion con que vive, y, porque el arte imita la naturaleza en cuanto puede, vemos en las cosas artificiales tambien, que un pintor que pinta una imágen, cuanto más adorna y se esmera en hacer más perfecto el rostro y la cabeza, y el carpintero una arca, la cabeza, que parece ser la tapadera de encima, hace de mejor tabla y madera, y más dolada y limpia y labrada parece. En las civiles ó inanimadas ó ayuntamientos naturales de las gentes, tambien lo habemos experimentado y cada dia vemos, las ciudades que son cabezas de los reinos, cuánto más excelentes edificios y fuerzas, cuánto más labores y adornos tienen, cuánto más privilegiadas y ennoblecidas y exentas de pechos, cargas y servicios y derechos suelen ser por los Príncipes. Pues las civiles animadas, como entre los hombres, no es menester tardar en esto más, como veamos cuán más nobles y dignos son los que rigen, los Magistrados, los Príncipes, los Reyes, no por más sino por ser cabezas de los pueblos; por manera, que en las cosas naturales y en las artificiales, y en las civiles inanimadas y animadas, y finalmente, en todas las cosas criadas, las cabezas son las más nobles, de más virtud y más digna.

Pues como los cielos sean la mas exce-

lente parte de todo el universo (de las cosas que no son racionales ni intelectuales hablando, y que no viven), como sin sus movimientos, ni los árboles, ni los animales, ni tampoco los hombres podrian tener vida, y otras muchas cosas no ternian ser, manifestísimo es que la parte que fuere su cabeza será, sobre todas las otras sus partes, necesariamente nobilísima, virtuosísima, y del mismo Hacedor con abundancia de virtudes naturales y vigorosas privilegiatísima; pues esta es la parte austral y que los marineros llaman el Sur, luego aquella parte será y debe ser la más noble y más felice y más digna que el Oriente, ni el Occidente, ni la del Norte ó Septentrional. De aquí es, que Aristóteles y Alberto Magno en el II, cap. 2º, *De celo et mundo*, y todos los filósofos de Etiopía que se llaman Bragmanes, y Gimnosophistas, que espeulan aquella parte austral, mayormente Ptolomeo, afirman que las estrellas de aquella parte son mayores y más resplandecientes y más nobles y más perfectas, y, por consiguiente, de mayor virtud y felicidad y eficacia que las aquilonares. Y asimismo, que aquel polo Antártico y austral, es de mucha mayor cantidad y claridad y virtud que el nuestro, que llamamos el Norte; y la razon es, porque toda aquella parte es cabeza del mundo, luego las influencias y virtudes de allí son mas nobles, y, por consiguiente, de mayor felicidad, eficacia y virtud. Es luego manifiesto ser la mas felice y noble y digna parte del cielo la parte austral, y, por consiguiente, allí debe estar situado el Paraíso terrenal, y no al Occidente ni al Norte ó Septentrion, ni tampoco á la parte oriental, porque todas aquellas partes del cielo no tienen tanta nobleza, ni tanta virtud natural que cause y corresponda á la suavidad, templanza, deleite y felicidad que tuviéramos y hoy gozan Elías y Enoc en el Paraíso terrenal. Y á esto parece consonar aquellas palabras del "Génesis," cap. 3º, conviene á saber: que como Adan oyese la voz del Señor, que andaba paseándose, *ad auram post meridiem*, hacia el aire suavísimo de esa parte de Mediodía, escondióse, etc., porque el aire de aquel lugar dice aura, que es blandísimo, suavísimo, y delectabilísimo aire, y de temperatísima luz y delectable. Dicese tambien estar despues del Mediodía, por razon del lugar, porque aquella region está situada de esa parte de ambos á dos trópicos, que decian los astrólogos Mesa del sol, como fué arriba dicho, la cual se dice *meri-*

dies ó Mediodía al ménos, segun imaginaban los antiguos que hacian la línea equinoccial tórrida zona, y calurosa demasadamente. Esta es la diferencia por aquel respecto entre el Mediodía y la region que allí parece la Escritura llamar aura, que el Mediodía es lo mismo que lumbré intensísima, con calor excesivo, lo cual imaginaban ser entre los trópicos, pero el aura es lo mismo que aire suavísimo y vital, y templadamente lucido y cálido, como es el de aquel hemisferio, por el favor ó favorables influencias de las estrellas y cuerpos celestiales, y así parece que por el aura, despues del Mediodía, donde aquestos afirmaban estar el Paraíso terrenal, se entiende la parte austral que es situada de esa parte del Mediodía, que está pasado el trópico de Capricornio, en el cual se engendra fuego, mayormente cuando el sol está en los signos australes y se apropinua al opósito de auge. Y aquel trópico piensan algunos que es el gladio y cuchillo ígneo versátil que puso Dios entre nosotros y el Paraíso, para que Adan ni Eva, ni alguno de sus hijos pueda entrar allá. Pero el contrario es la verdad, que vemos por experiencia, que debajo del mismo trópico hay tierra excellentísima y muy poblada, en las provincias del Perú.

Por todo lo que dicho es, parece quedar harto probable la opinion que tienen los que ponen el Paraíso de los deleites, de donde fueron echados nuestros primeros padres en este valle de lágrimas y amarguras, en la parte y hemisferio austral. Y pues hobo varones doctos que con tan probables razones quisiesen persuadirnos estar el Paraíso en aquella parte del mundo austral, y el Almirante viese que la tierra firme, ó, segun estimaba entónces, isla de Gracia, parecia en la parte austral, y la tierra tan felice y aires tan suaves y aguas tan dulces, y juntas tantas, no absurda ni no razonablemente, pudo pensar y juzgar, ó al ménos sospechar, estar por aquella parte el Paraíso terrenal. A lo que estos opinadores dicen, que el trópico de Capricornio engendra fuego, y que debe ser ó es la espada ó cuchillo ígneo que defiende la entrada del Paraíso terrenal, el contrario podemos afirmar los que habemos pasado el dicho trópico, por estas Indias andando hácia la parte austral, donde no vemos el exceso del fuego ó del calor, ántes, hallamos tierra y mar bien templada. Puede ser por esta vía la contrariedad concordar: que, como luego se dirá, no parece que todo aquel hemis-

ferio era necesario, segun algunos quisieron decir, ocupar el Paraíso terrenal, sino que alguna gran parte y aquella que ocupa, debe criar el dicho fuego ó calor, y nó lo más, pues no hay necesidad, y porque, segun algunos escritores, en la region del Paraíso, fuera dél, muchos pueblos se creen morar.

CAPITULO CXLV.

* Concluye la materia de los anteriores capitulos.

Cuanto á lo tercero que dije en el cap. 142, que entendia tratar, conviene á saber, de la grandeza ó tamaño y capacidad del Paraíso, esto parece que es lo más probable que aquel lugar del Paraíso es muy grande, porque están en él inmensidad de árboles de todos géneros y de todas especies, con toda amenidad y frescura; es tambien el rio que riega todo el Paraíso muy grande, y dél se reparten los cuatro rios poderosos que arriba se han nombrado, y esto, por fuerza es que requiera lugar de capacidad grande. Item, si Adan no pecara habia de vivir y habitar en él todo el linaje de los hombres, porque ninguno habia de vivir en el mundo, donde agora moramos, porque esto se dejaba para habitacion de las bestias, pues para vivir y morar todos los hombres juntos, gran capacidad de lugar era menester. Por esta razon tuvieron algunos que el Paraíso terrenal era de tanta capacidad, cuanta tiene una gran provincia ó una parte de las principales, como es Africa ó Europa; otros, que todo aquel austral hemisferio era dado por Paraíso terrenal, por la razon en el precedente capítulo dicha, por la cual sentian ser toda aquella parte aménisima y felice; pero á estos se puede, segun parece, responder, que si tan grande y tan capaz fuera el Paraíso, no se pudiera de algunas gentes, y aun de la mayor parte de los hombres, encubrir. Item, lo de la multiplicacion de los hombres, no fuerza á tener que por ello hobiese de ser tan capaz como una provincia grande; la razon es, porque los hombres, aunque multiplicaran como ahora multiplican y quizas más, no habian siempre de permanecer juntos, hasta cumplido el número que Dios tenia determinado de salvar y fenecer el mundo, sino que, de generacion en generacion, los habia Dios de traspasar en la vida eterna y estado celestial, por dos ó